



La Emperatriz Eugenia

P O R E L D U Q U E D E A L B A

LA vida de Eugenia de Montijo — mi segunda abuela, como siempre la consideré — es una bella y apasionada historia. Nació en Granada en mayo de 1826. Sus primeros años coincidieron con una constante agitación y una epidemia que obligaron a su madre, la Condesa de Montijo, a llevar a París a sus dos hijas Paca y Eugénia y allí, fué donde, merced a lo aficionada que aquella era a cultivar la amistad de hombres excepcionales, trató a Merimée y a Beyle, más conocido por su seudónimo de «Stendhal». Este jugó con Eugenia y la contó historias que fascinaron su imaginación, referentes, sobre todo, a las guerras napoleónicas, en las que había tomado parte.

Pocos años después, al fallecer su padre, ella y su hermana volvieron a España, donde la vida les fué muy agradable. La residencia de Carabanchel era el centro de toda la juventud de entonces y la reunión de las muchachas y muchachos de su tiempo. Dado el temperamento de Eugenia, se enamoró pronto, y el hombre que le inspiró su primera pasión fué el Duque de Alba, mi abuelo. Debo advertir que las dos hermanas eran guapísimas; mi abuela era morena, mientras que la Emperatriz era rubia, más bien roja. Accidentalmente la oí decir que, durante su niñez, se avergonzaba de tener el pelo tan rojo; lo consideraba entonces como una gran desgracia, y la sorprendió mucho, cuando llegó al trono, que esa cualidad constituyese la última palabra de la moda en Francia. Los afectos de muchos jóvenes de la época titubearon ante la opción entre las dos encantadoras hermanas. Mi abuelo, que proba-





En la página anterior, el escudo de armas de la Condesa de Teba, heredado de Eugenia de Montijo. En esta página la Emperatriz Eugenia, por Winterhalter, y, a todo color, la acuarela que Mr. Stohol pintó inspirándose en un lienzo de Winterhalter.



blemente galanteó a las dos, acabó decidiéndose por Paca y ello fué un tremendo golpe para Eugenia, que sólo contaba diecisiete años. Le escribió una carta, publicada luego por mí, en que dice que considera terminada su vida y que o se retiraría a un convento o se suicidaría; y fué esto lo que trató de hacer, ingiriendo una infusión de cabezas de fósforo.

A pesar de este choque, nunca se enturbió el cariño de Eugenia hacia su hermana, ni siquiera el afecto al marido de ésta. Buscó consuelo para este desengaño dedicándose con gran entusiasmo al deporte. Había sido siempre excelente amazona y emprendió ahora grandes excursiones a caballo. Hay un cuadro suyo de este período de su vida, que ha sido reproducido y que yo conservo. El pintor Odier, no gran artista, la representa montando una jaca española, con romántico fondo de paisaje lleno de rocas. También fué aficionada al arte de la pintura; hizo algunas acuarelas, que, asimismo, he reproducido yo, y una de las cuales figuró en la última Exposición celebrada en Madrid.

No se decidió Eugenia a casarse con ninguno de los muchos jóvenes aceptables que con insistencia la cortejaban; pasó el tiempo en continuos viajes entre Francia, Inglaterra y España, y donde quiera tuvo admiradores. Uno de ellos fué el Marqués de Alcañices. El la tenía gran afecto, pero no se decidió nunca a declararse, intimidado, quizá, por el dominante impulso de su temperamento.

Sobrevinieron entonces en Francia radicales cambios políticos. Napoleón Bonaparte, después de una larga cautividad y de tres intentos fracasados para adueñarse del poder, fué elegido Príncipe Presidente, y en 2 de diciembre de 1851 dió el golpe de Estado que le permitió proclamarse Emperador, con el lema: «El Imperio es la paz.»

Ya hacía algún tiempo que Napoleón III, siendo aún Príncipe, había conocido a Eugenia en una fiesta de las Tullerías. La bella española vestía un traje azul pálido, y su hermosura deslumbró a Luis Napoleón. El Príncipe creyó poder lograr una fácil conquista, pero se equivocó. Se cuenta una anécdota, que no creo exacta, pero que entraña una realidad. Se celebraba una revista en la plaza del Carroussel; la Condesa de Montijo y su hija habían sido invitadas a presenciarla desde una ventana del palacio de las Tullerías. Terminada la revista, el Emperador, montado aún a caballo, se colocó debajo de la ventana y preguntó a Eugenia:





«¿Cómo se puede llegar hasta ahí?» La leyenda supone que ella contestó: «Pasando por la capilla.» En todo caso, es positivo que el Emperador comprendió muy pronto que no podía satisfacer su pasión sino mediante el matrimonio. Tenía el Emperador cuarenta y siete años y, como era lógico, deseaba fundar una dinastía. Había buscado la posible alianza con algunas de las Princesas europeas, y aun cuando muchas familias reales seguían considerándole como un advenedizo, el nimbo de gloria que rodeaba su apellido y aun su persona, como Emperador de los franceses, hacía de él un gran partido.

Las relaciones de Eugenia con el Emperador no fueron bien vistas por los ministros y dignatarios de Francia, y la señorita de Montijo soportó muchas humillaciones hasta que, una noche, en una recepción imperial que se celebraba en el palacio de las Tullerías, hizo que Napoleón pidiera su mano oficialmente. El 29 de enero de 1853 se celebró en este mismo palacio el matrimonio civil, y, al siguiente día, en la Catedral de N.ª Señora, el religioso. El atrio estaba adornado de miles de banderas y de estandartes. La Emperatriz, al apearse de la carroza, saludó, al inmenso gentío que la aclamaba, con una reverencia tan gentil y profunda que enamoró a toda Francia. Quince mil cirios ardían en las naves del templo, y quinientos músicos tocaban la marcha del Profeta. Eugenia vestía un traje de terciopelo blanco y arrastraba una interminable cola de encaje. Sobre su pecho refulgían los brillantes del corpiño y en su cabellera leonada, la diadema imperial que un día ostentó la célebre Josefina. La Emperatriz se hizo popularísima en Francia, negándose a recibir los 600.000 francos ofrecidos por el Ayuntamiento de París para que se comprase una alhaja, por preferir que ese dinero se entregara a los pobres.

El alumbramiento del Príncipe Imperial estuvo a punto de costar la vida a la Emperatriz. Al darle a luz, quedó ya incapacitada para tener más hijos; este nacimiento fué, según creo, el momento más feliz del matrimonio imperial y del régimen. Aquella felicidad íntima hubiera perdurado a no ser por las constantes infidelidades de Napoleón, pues Eugenia sentía sincero afecto por su marido y admiraba sus grandes cualidades. Pero, por muy tormentosas que fueran las relaciones de los cónyuges, la fidelidad de ella fué absoluta y no falló en ningún momento.

En 1859 sobrevino la guerra de la liberación de Italia. Durante la ausencia de Napoleón actuó la Emperatriz como Regente, y supo mantenerse a la altura de sus deberes. La Soberana, que era profundamente religiosa, defendió continuamente al Papa. Y Roma no pudo ser la capital de la Italia Unida mientras una guarnición francesa defendió la ciudad papal contra los ataques de Víctor Manuel y de Garibaldi. Hasta 1870, en que fueron retiradas las tropas francesas, no pudo Víctor Manuel atravesar la Porta Pia, comenzando entonces el largo cautiverio de los Papas.

Nunca se juzgó extranjera en Francia; pero, desde su matrimonio, se consagró por entero a servir los intereses de su nueva patria, aunque sin olvidar a España, razón por la cual, para poder contemplar, al menos de lejos, las montañas españolas, se hizo construir un palacete en Biarritz, convirtiendo esta playa de pescadores en una de las más bellas y elegantes del mundo.

Dos acontecimientos de gran esplendor se celebraron por entonces: la Exposición de París de 1867 y la apertura del Canal de Suez, por la Emperatriz, en 1869, después de una visita al Sultán de Turquía en Constantinopla, que pueden señalarse como la meta de aquel reinado. Sobre todo la ceremonia de la apertura del Canal fué algo fantástico, que afectaría grandemente a la vida e impresionable imaginación de Eugenia de Guzmán, al verse en aquel momento solemne representando a la nación que abrió a los navegantes y al comercio una vía marítima tan indispensable. Por cierto que no faltó en la inauguración la nota pintoresca y andalucista, que confirma el genio abierto de la Emperatriz. Concurría a la fiesta oficial, en representación de España, la fragata «Berenguela» y sus oficiales jóvenes acordaron obsequiar una noche a su compatriota



En esta plana, dos cuadros de la Emperatriz debidos al pincel del citado pintor de la Corte de Napoleón III, Winterhalter. El reproducido a todo color representa a Eugenia de Montijo en el año 1855. En la parte inferior de estas dos páginas se reproduce, repetido, el escudo de armas de Napoleón III y de su esposa Eugenia de Montijo, Emperadores de Francia.





granadina con una rondalla al estilo de su tierra. Recorrieron, en un bote, el fondeadero del «Aigle», donde se alojaba la Emperatriz, cantando coplas andaluzas acompañados de guitarras y, para corresponder al obsequio, ella se asomó a la borda y cantó la copla:

*La pena y la que no es pena,
no son penas para mí.*

Puede suponerse el efecto que en los estirados marinos franceses causaría el rasgo de popularidad y casticismo de su soberana.

Por este tiempo, el interior del Imperio francés se resquebrajaba. El Emperador enfermó y, en julio del año 70, comenzó la guerra franco-prusiana que, como es sabido, terminó con la derrota francesa. La Emperatriz, que actuaba como regente, se enojó, y los republicanos aprovecharon la oportunidad para derribar el poderío napoleónico. El motín popular llegó hasta las Tullerías y fué vana la resistencia que la Emperatriz trató de organizar. Todas las culpas de los desastres producidos por la guerra recayeron sobre ella.

Su destino comenzaba a declinar, como en otro tiempo el de María Antonieta. Ya su vida entera fué un constante sufrimiento; nueve años más tarde, su hijo, el heredero del trono de Francia, que poseía una personalidad encantadora, y que siguiendo la tradición napoleónica entró como artillero en Woolwich, moría a manos de los zulús en Africa del Sur. El solo se defendió contra un numeroso grupo de indígenas, y recibió en el pecho dieciséis cuchilladas de azagaya. La noticia de la muerte fué transmitida a la Emperatriz con las máximas precauciones, mas, a pesar de ello, se desmayó. Un año después fué a Zululandia y ella misma contaba que, al acercarse al lugar del suceso, tuvo la extraña impresión de que su hijo estaba presente. Su pena fué horrible. Únicamente su gran fe la hizo sobrevivir después de golpe tan cruel. Poco a poco fué recuperando, no sólo su maravillosa energía, sino hasta su habitual buen humor.

Entonces comenzó el largo epílogo de su vida. Viajando de un lado para otro, atraída siempre por todo lo bello, e interesándose por las cosas cada vez más, a medida que pasaba el tiempo, procuró, en lo posible, rodearse de gente joven como nosotros, sus sobrinos-nietos y nuestros amigos. Se sentía alegre y hablaba de todo, salvo de lo referente al Príncipe, como no fuese en la mayor intimidad con alguno de nosotros.



Arriba: La Emperatriz Eugenia, acompañada de su séquito, en la playa de Trouville. Debajo: Curioso retrato ecuestre de Eugenia de Montijo.

Durante este lapso fué de gran alivio para ella la amistad de la Reina Victoria. Iba todos los años a Escocia, pasando un mes en el castillo de Abergeidie, junto al de Balmoral, que le cedía la Soberana, su excelente amiga.

Visitaba todos los años París y se hospedaba en el hotel Continental, frente a las Tullerías. Solía pasear por los jardines, y, un día, cogió una flor. Fué amonestado por el guarda, que le dijo: «¿Por qué ha hecho eso?» Ella contestó humildemente: «Soy la Emperatriz Eugenia». El guarda, volviéndose a la persona que le acompañaba y golpeándose significativamente la cabeza, exclamó: «¡Esta señora está local!»

Durante sus visitas al Continente mantuvo largas conversaciones con personajes franceses, entre ellos, con el diplomático Paléologue: Este le preguntó un día. «¿Cómo, señora, conociendo la situación de Francia y las esperanzas puestas en una restauración del Imperio, permitíssteis que el Príncipe se expusiese al grave riesgo de la guerra?» Y ella le contestó: «¿Qué podía hacer yo? Por parte de su padre llevaba en sus venas sangre de Bonaparte, y, por la de su madre, de Don Quijote.»

En aquellos años vi constantemente a la Emperatriz; la llamábamos siempre tía. Pude apreciar, así, la firmeza de su carácter, su amor a la verdad; era con frecuencia impulsiva y capaz de tomar decisiones precipitadas; pero, al advertir que se había equivocado, se apresuraba a proclamar su error. Gustaba mucho de leer, singularmente historia, y, en especial, la contemporánea, y tenía, además, gran perspicacia política. Fué también profundamente religiosa, sin incurrir en la beatería, lo cual no le impidió ser muy supersticiosa. Para ella era el domingo día de mala suerte, porque en domingo murió su padre, en domingo sucumbió el Imperio, en domingo mataron al Príncipe y, detalle curioso, también ella murió en domingo.

En 1885 compró la finca de Cap Martin, en la que pasaba los meses de invierno, donde la acompañaba yo todos los años. Adquirió también un «yacht», haciendo excursiones en él, año tras año. En uno de sus muchos viajes llegó hasta la India.

Compró en Inglaterra la finca de Farnborough, donde construyó la cripta en que yacen el Emperador y el Príncipe, y donde la enterramos a ella en 1920, depositándola en el muro para cumplir sus deseos de no ser puesta en la tierra, y con la sencilla inscripción «Eugénie», en la lápida.

EL DUQUE DE ALBA